

# CEDDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta; Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

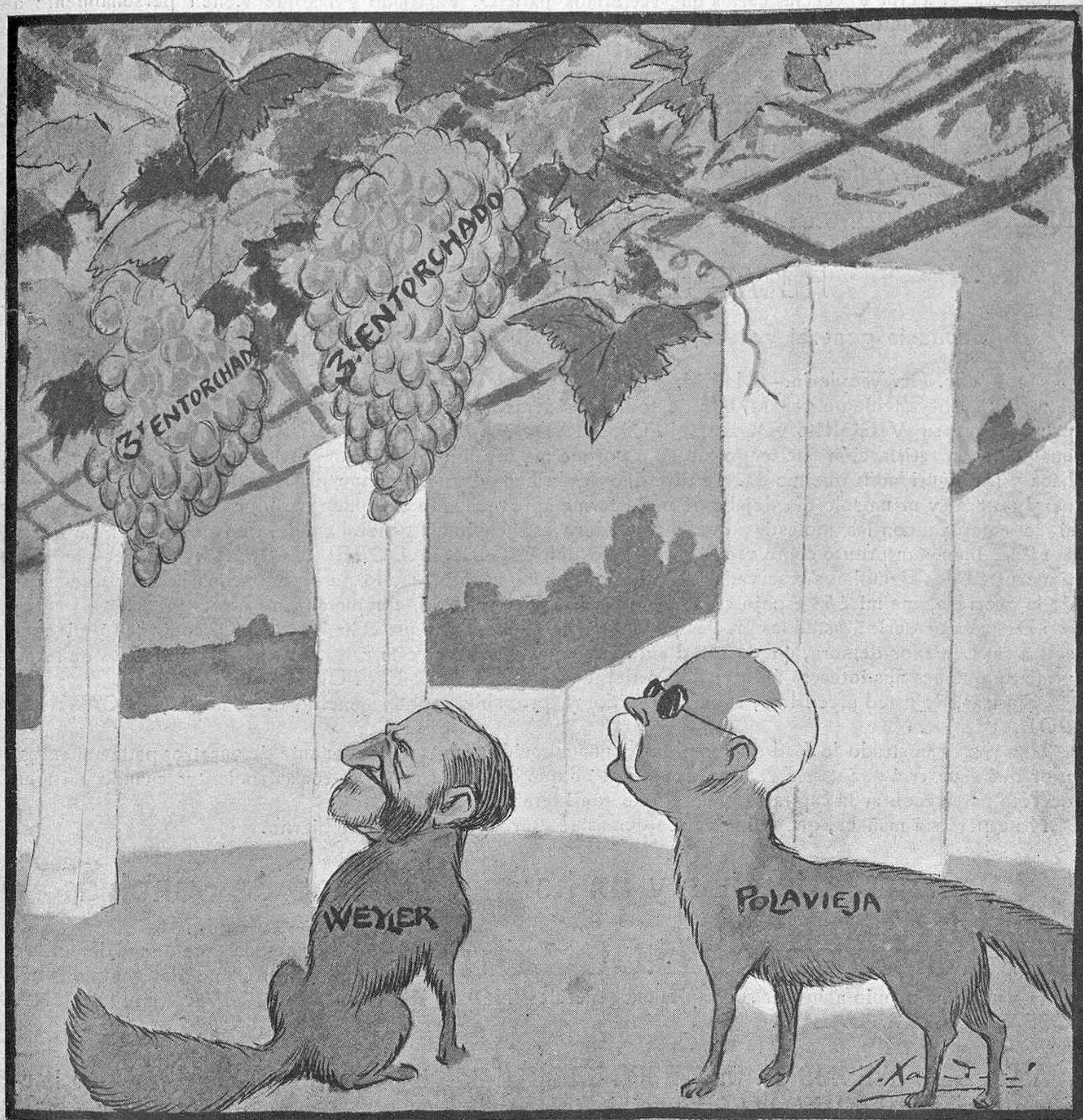
NUMERO SUELTO, 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 65

AÑO XII

MADRID, DOMINGO 23 DE DICIEMBRE DE 1906

NUM. 578



## LA CLASICA FABULA

(CON UN PERSONAJE MÁS)

¡ESTAN VERDES...! PERO VERDES Y TODO, NOS GUSTAN MUCHO...



## ANUNCIOS INCOBRABLES



# ¿PUEDE UNO NOMBRARSE CAPITÁN GENERAL Á SÍ MISMO?

Sí; aplicándose el VIGORIZADOR ENTORCHADO DEL DR. WEYLERÍN

Hablamos por boca del ministro de la Guerra, que como particular piensa una cosa, y como consejero otra muy distinta, y por el testimonio de miles de personas que aún no están curadas de espanto.

Si fuera el lector á ver las cartas que recibimos para D. Valeriano y las que vienen personalmente á los distintos consultorios de la opinión, y leyera y oyera cuanto por ahí se dice del asunto, y nada bueno, desde luego afirmaría que el VIGORIZADOR DEL DOCTOR WEYLERIN, es de una frescura sin rival, el aparato más famoso que se ha inventado hasta el día.

Léase la certificación que copiamos á continuación, y fije el lector la atención en el informe del individuo á quien hemos puesto, ó vamos á poner si nos dejan, en condiciones de abandonar el empleo de teniente general por el inmediato, después de haber estado padeciendo meses enteros, y aun años, de la bilis y de continuas rabieta, y de haber sido desahuciado por el Dr. Luque y otros facultativos.

Esto se refiere á los que padecen DISPEPSIA CAMILO, DEBILIDAD DE GRANDEZAS BRONQUITIS DOMESTICAS é IMPOTENCIA para salirse con la suya.

## HE AQUÍ LA PRUEBA DE ELLO

Capitanía general gotosa, de hace DOS AÑOS.—¡Curado por D. Valeriano!

«Sr. Dr. Weylerín.—Madrid.

»Muy señor y teniente general mío de toda consideración: Ayer hizo unos quince días que me puse por primera vez su VIGORIZADOR ENTORCHADO, provisionalmente, claro está, y no puede usted imaginarse la satisfacción que tengo, no sólo porque me cae muy bien, sino por las promesas que usted me hace y las seguridades que me da. Le diré que desde hace dos años vengo padeciendo de una capitanía general gotosa, y ni un solo día dejaba de molestarme aprovechando cualquier vacante. Lo del ojo no fué nada si se compara con las molestias que me produce esta capitanía general aguda, que me tiene en un grito.

»Pues bien, tan pronto como recibí el modelo del VIGORIZADOR ENTORCHADO, del que sólo tiene usted dos ejemplares reservados, según me dice en su carta, me lo puse por encima de las bocamangas de la guerrera, me miré al espejo como *La viejecita*, y me ví otro, completamente otro.

»Después de darle á usted las gracias por las muchas atenciones que conmigo tiene en contestar á mis consultas sin la menor demora, queda usted autorizado para publicar esta carta, para satisfacción única de usted y mía, á quienes nos interesa únicamente lo del VIGORIZADOR ENTORCHADO.

»Sin más, de usted afectísimo, seguro servidor y probable capitán general, q. s. m. b., † CAMILO POLAVIEJA.»

Una vez demostrado lo fácil que es obtener una curación pronta y permanente de vuestros padecimientos, ¿por qué esperar á que se cierren las Cortes? ¿Por qué continuar con vuestros sufrimientos cuando basta un decreto para recobrar la capitanía general que consideráis perdida?

No esperéis á mañana, que quizá ya sea demasiado tarde y haya otro Gobierno.

## Consultas inútiles y un hermoso frasco de bencina

**Entregaremos 5.000 duros** á la persona que nos demuestre que el testimonio del general Polavieja y nuestro propio afán por ser capitanes generales **NO ES REAL Y EFECTIVAMENTE UNA COSA DESAGRADABLE.**

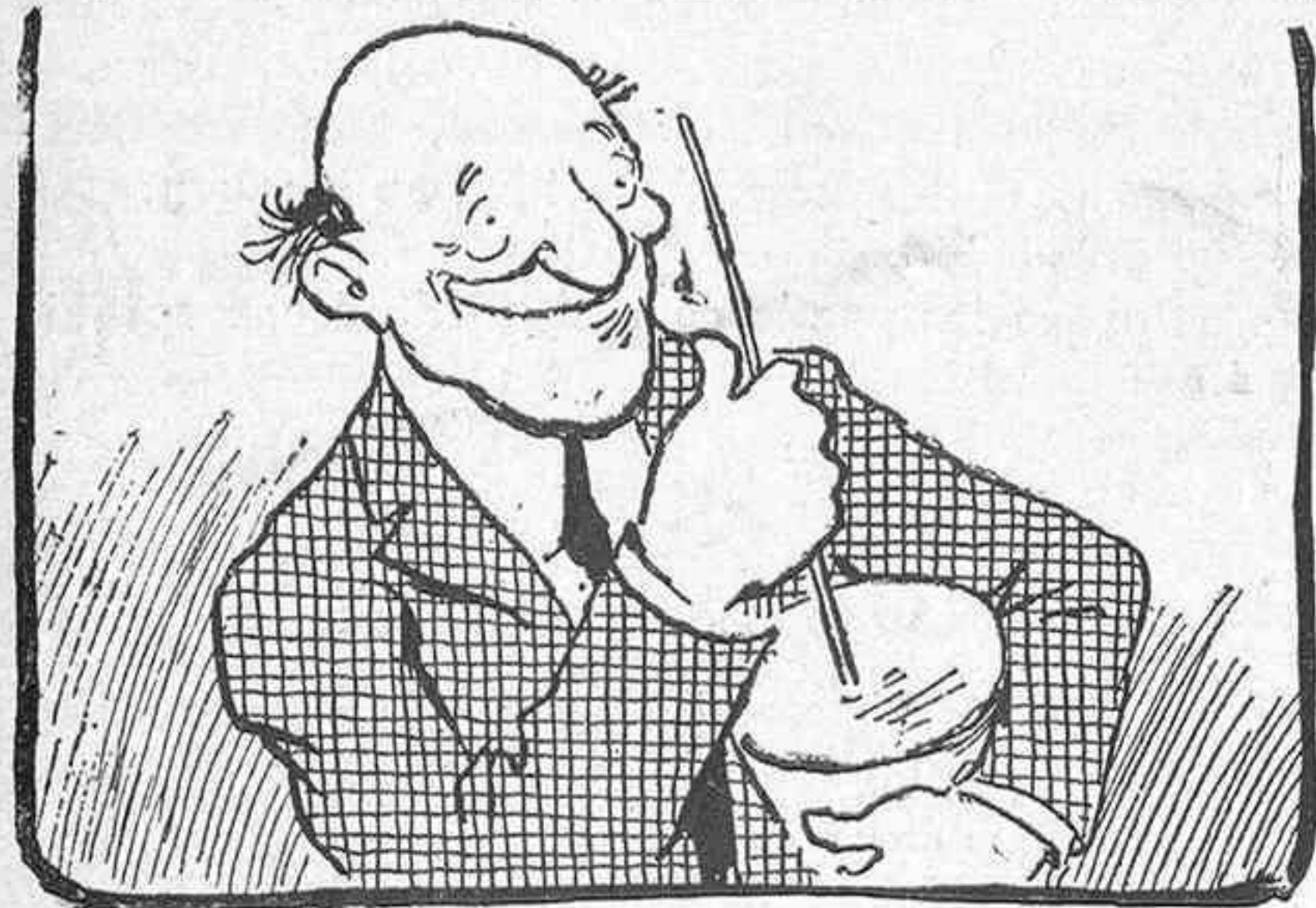
**A TODO EL QUE NOS MANDE ROPA EN BUEN USO** le escribiremos enviándole un hermoso retrato del DR. WEYLERIN vestido de capitán general en su casa de Villatobas.

Servicio permanente.

**DR. V. WEYLERÍN**

Ministerio de la Guerra.

# JUEVES DE GEDEÓN



Y si nos marcháramos á comprar turrones?

—No me parece mal, Gedeón. Hay que conservar los buenos usos y costumbres del año, solemnizando cada época ó cada fiesta con lo suyo propio. En Navidad, ya se sabe: vacaciones y turrón. Empiezan los estudiantes á faltar á clase con algún pretexto, ó sin él; los gobernadores civiles de las provincias, á levantar el dedo para que el ministro de la Gobernación les permita hacer esas cosas con sus respectivas familias; se habla en los pasillos de las Cámaras de pedir punto al Gobierno, ó de tomárselo si el Gobierno se muestra remolón, que casi nunca se muestra, y abren los turroneiros sus apetitosas tiendas ó establecen sus puestos callejeros, llenándose Madrid de Miras, como si nos fueran á levantar un plano de la villa. Vámonos, pues, á comprar turrón. Después de todo, más vale destrozarse los dientes con el de Alicante que comentar la política actual.

—Te sobra razón, Calínez; no he visto en mi vida situación más confusa que la presente. Nadie sabe ni lo que quiere ni adónde va.

—Salvo Weyler.

—¡Hombre, sí; D. Valeriano es el único carácter que nos queda! El dice y repite: «¡yo quiero ser capitán general!», como aquel visitante de Fígaro: «¡yo quiero ser cómico!», y nadie le apea de ello. Si pusiese igual firmeza de propósito en mejorar de ropa, se ahorcaba de envidia Medrano con el nudo de la corbata.

—¿Y será cierto que ahora funda su decisión de nombrarse á sí mismo y nombrar á Polavieja capitán general en la necesidad de que haya frente á Tánger un Príncipe de la milicia para que por su grado superior al del jefe francés pueda mandar las tropas españolas de desembarco?

—Muchos disparates he oído en mi larga existencia, Calínez, pero como ese, ninguno. ¡Un capitán general, para mandar dos mil hombres á lo sumo! Vamos, esto está pidiendo música de Offenbach. Aparte de ello aún nos quedan dos capitanes generales en buen uso. Envíese a Tánger al que fué á Crimea y quiso ir á Melilla ó á su casa, y sino á Primo de Rivera, y ya está resuelta la dificultad sin que se firmen nuevos nombramientos. ¿O es que los capitanes generales en cuanto llevan algunos años en el cargo no sirven ya ni para mandar dos mil hombres á la puerta de la nación? Créeme, amigo mío, este

pleito me va ya encorcorando y nos va encorcorando á todos los españoles. Hágase D. Valeriano una guerrera nueva, ó hágase cualquier otra cosa, y déjenos en paz, que no está la Magdalena para terceros entorchados. Hartos entorchados hay de sobra en España y sufrimos el exceso con relativa resignación. Esos dos más, ¡romanones!

—Pero señor, ¿qué ocurrencia le daría al buen marqués de Ajo-Arriero de sacar de su ostracismo en conchas viejas al excelente D. Valeriano? ¿Qué necesidad había de llevar al ministerio de la Guerra á Weyler? ¿No pertenecía Luque al partido liberal? ¿No tenía presentadas unas reformas, buenas ó malas, pero que se iban á discutir con transigente espíritu por parte de su autor? ¿No dicen que el Ejército está muy necesitado de reformas? Pues entonces ¿por qué se quita la cartera al que tenía un plan, discreto ó deficiente, pero un plan, y se le entrega al que no tiene más plan que ascender él? Claro; como aquí las crisis se hacen en pleno barullo, sin lógica de ninguna clase, precipitada y desordenadamente, así salen los repartos. El caso es llevar pronto la lista á la sanción real para que no se impacienten los ojeadores de carteras ó los que están en los puestos arma al brazo, y más que la solución de un conflicto político, cada crisis parece una cacería. En fin, vámonos en busca de turrón, porque te digo de verdad que ya me asquea todo esto, y que estoy de cacerías y de ambiciones personales hasta la punta de los pelos, suponiendo que los tuviera.

—Yo también, yo también. Nada de politiquear y dediquémonos á los placeres inseparables de estas festividades. Mañana es Nochebuena, Gedeón; ponte el sombrero y á buscar un besugo. No creas hallarlo con el ojo claro; tiene también sus dificultades. No tantas, eso no, como encontrar un ministro de Marina, pero casi casi. Hombre, y mira tú, después de lo que nos ha costado dar con Jácome, ó el séptimo merengue, puesto que antes de aceptar él la cartera, se la ofreció Vega de Armijo á otras seis personas, por poco se queda aquél sin ministerio.

—Es verdad, ¡qué lástima!

—Sí, á mí también me produce mucha lástima un fuego.

—No, Calínez; qué lástima que no se haya quemado el edificio. Estorba de un modo formidable para el tránsito público, y sólo se sostiene en pie á fuerza de remiendos. Si ardiera de una vez nos evitaba su derribo, y con el ministro de Marina que tenemos ahora no sería difícil buscar aposento digno para el hombre mientras se le construía otra residencia oficial.

—¿Dónde lleváramos al séptimo merengue, Gedeón?

—Muy sencillo; ¿no se titula Real Tesoro? Pues volviéndole como un calcetín, así le dejáramos en su sitio. ¿Tú crees, Calínez, que estaría mal allí, con los atributos que D. Juan Valera llamó los chirimboles? A mí me parece que Jácome se encontraría como las propias rosas. Pero vamos en busca del besugo.

—Espera un instante; ¿y si para mayor seguridad lo encargáramos á Roma?

—¿A Roma?

—Naturalmente. Ya que el Gobierno no lo ha hecho, podíamos pedir que nos devolviesen nuestro embajador en el Vaticano. De pez se acreditó hace muy poco, y de un hombre que se apellida Ojeda y es limpio, hay que suponer que lo tenga claro.

—¿Qué sé yo, qué sé yo! Vale más que busquemos nuestro besugo en la plaza del Carmen, y no en una Embajada. De modo que vete apuntando lo que tenemos que comprar para la Nochebuena: una turrón que no sea de la tienda de Moret, por entonces nos quedamos sin catarlo. Un besugo con ojo claro y que no haya sido embajador en Roma, y la indispensable pasta de almendras para preparar la no menos indispensable sopa.

—¿Note parece que suprimamos la sopa de almendra?

—Caramba, Calínez, si suprimes esa sopa es como si no tuviéramos cena de Navidad.

—¡Ca!, Gedeón, eso era antiguamente. Ahora se hacen las comedias sin argumento, las situaciones liberales sin liberalismo, y las cenas de Nochebuena sin sopa de almendra. ¡Hemos roto los moldes!

—¡Pues cualquiera diría que habíais roto el sentido común! Nada, yo no quiero cenar sin sopa de almendras, como no quiero Gobiernos liberales sin ley de Asociaciones.

—¡Pobrecita, la han quitado el Nacimiento!

—Es verdad; ayer la encontré llorando en medio de la calle. Me dijo que iba á visitar á Canalejas, aun cuando no esperaba ya que le comprara otro. No te puedes figurar qué flaca está, qué paliducha y qué miserablemente vestida. Me habló de D. Bernabé con lágrimas en los ojos. «¡Qué feliz era yo—me decía—cuando estaba en su cabeza. Aquello era un palacio de masa cerebral!» Le dí un perro grande y la pobre niña me soltó lo de «sacerdote, yo te saludo, tú me bendices», etc., que por habérselo oído á don José se le antoja el colmo de la buena educación. ¡Y pensar, Calínez, que contra una chicuela tan encenque se amontonan las damas que más caparazones de antepasados tienen, y se arman y juntan conservadores y carlistas en un solo haz!

—¡En un solo haz de España la irrisión de Europa!

—A propósito, hoy celebran un mitin monstruo, ¡y tan monstruo!, en el que despotricarán á su sabor Pidal, Vázquez Mella y Nocedal. ¿Por qué en vez de ir á la plaza del Carmen no vamos al mitin en busca de nuestro besugo?

—Aprobado; pero compremos antes los turrónes, para esgrimirlos en caso necesario. El duro de Alicante es un gran argumento contra los neos.

—Perfectamente, salgamos. Mira, Gedeón, ya está ahí el pobre de todos los días.

—¿Dónde?

—¿No le ves allí, en la esquina, con los pantalones todavía más rotos que de costumbre?

—Sí, ¡ya le veo! ¡Qué hombre más tenaz! ¿No decías que el gobernador había mandado recoger los pobres?

—Pues nos hemos lucido; ya viene hacia aquí.

—Verás cómo le despido. Perdona usted, D. Valeriano, no tengo ningún entorchado suelto.

—Buena letanía de reniegos va echando por la boca.

Y acaso ese molestísimo pobre sea uno de los hombres más ricos de España. Se ve cada contrasentido... Por, vámonos al mitin que para protestar contra la ley de Asociaciones van á celebrar, asociándose, los conservadores, los carlistas y los neos sueltos. ¡Delicioso país de los viceversas! Si te parece, les aconsejaremos que hasta después de Navidad no jueguen.

—¿Por qué?

—¡Porque les puede caer el gordo ó una aproximación á la botica!



## NOCHEBUENA

¡Oh Nochebuena, fiesta bendecida  
que alegras los hogares  
y endulzas nuestra vida  
con el recuerdo, que jamás se olvida,  
de los sencillos goces familiares!

¡Encantadora y santa Nochebuena,  
en la que todos, á gozar dispuestos,  
vamos tragando en la ruidosa cena  
los diferentes platos indigestos!  
Ya el clásico potaje,  
que después de ingerido hace un retorno  
del gusto y del olfato para ultraje:  
ya el buen besugo, doradito al horno  
que en la negra cazuela nos aguarda;  
ya la rica lombarda;  
ya el insípido pavo ó los capones,  
de algún pariente delicada ofrenda;  
ya las frutas, el queso, los turrónes...;  
ya el escaso aguinaldo de la tienda...  
¡Esa serie infinita de alimentos  
que engendran los nublados y los vientos!

Gedeón también llora  
de aquella su niñez encantadora  
los días inocentes...  
¡Cuando empinaba el codo  
en esa noche, igual que sus parientes,  
y comía de todo  
sin que, como hoy, tuviera al poco rato  
que tomar, ¡oh dolor!, bicarbonato!  
Luego, formando parte  
de la terrible y bulliciosa tromba,  
con el instinto natural del arte,  
fieramente tocaba la zambomba,  
y haciendo retemblar el aposento,  
á coro con los grandes y los chicos,  
lanzaba ante el modesto Nacimiento  
una porción de alegres villancicos...

Ya pasada esa edad esplendorosa,  
hoy Gedeón se sale de la fiesta,  
y le parece un poco indecorosa,  
y á las nueve se acuesta...  
¡Feliz tú, Vega Armijo, que aún disfrutas  
de un humor á tus años envidiable,  
y comes del turrón que, aunque es de frutas,  
para muchos es cosa codiciable!  
¡Feliz tú, que animoso y decidido,  
sin que te asuste la anunciada bomba,  
cantas ante el belén de tu partido  
y entusiasmado tocas la zambomba!

## OTRO PAPELITO

Indudablemente, el sistema epistolar entre los liberales, por lo menos así se titulan ellos, está produciendo funestísimos resultados.

Reciente aún, vivita y coleando la famosa carta de D. Segis, que tanto gusto dió á la galería y provocó justas manifestaciones de desagrado y elocuentes abucheos en el público, aparece la otra tarde, lanzada como una bomba en el Congreso, una cartita de D. Valeriano, que produjo graves destrozos en el banco azul y en las personas de los ministros de Instrucción pública y Gobernación principalmente.

El Sr. Laviña (el miedo guarda la... vicepresidencia), al oler lo de la cartita y justamente escamado por las consecuencias que tuvo la enviada por su ilustre jefe D. Segis, se apresuró, ante el conflicto que se venía encima, á darle un corte al debate, que las opiniones encontraron de mangas muy anchas.

El Sr. Laviña quiso refugiarse apresuradamente en el Orden del día, como quien se guarece en un portal ante el chubasco que se presenta.

Los diputados de las minorías pusieron el grito en el cielo, los pupitres recibieron sendos puñetazos, el presidente rompió dos ó tres campanillas, y el griterío por unos minutos fué ensordecedor.

¡Y cuidado que en escándalos á todo foro, ó si se quiere, á todo hemicycleo, tiene el Congreso un abundante y pintoresco repertorio!

¡Dichosa cartita!

D. Valeriano la escribió, como muchas mujeres, en un imprudente cuarto de hora, y suponiendo que la epístola quedaría en el mayor de los secretos.

Pero ¡ay! no fué así, para desgracia suya.

La carta la leyó el Sr. Bores, y dice, poco más ó menos, lo siguiente:

«Siendo usted, como es, partidario de la provisión de las vacantes, no soy yo el más indicado para contestar á las preguntas que me dirija, y sería conveniente que no trajera la cuestión á la Cámara.»

¡Ah, pillín!

D. Valeriano pretendía ganar tiempo; que la cosa no saliese á discusión en las Cortes, para más tarde, aprovechando el interregno parlamentario, un buen día acostarse de teniente general y levantarse al otro con el tercer entorchado flamantito, por obra y gracia del propio cosechero.

Si; D. Valeriano esperaba poner la noche de Reyes sus botas de montar, en el balcón, para que los enviados de Oriente le pusieran como regalo la suprema jerarquía militar.

El conde de Romanones, muy contrariado por las preguntitas que sobre la provisión de las dos vacantes se le hicieron, manifestó que no había ningún lazo de unión entre las responsabilidades del Gabinete anterior y el actual; pero ante la *juerga* que tan fresca declaración produjo, el hombre recogió velas y dijo que la acusación que se le hacía de ser en el otro Ministerio partidario de la amortización, y en éste de que se proveyeran las vacantes, sólo podría tener efectividad y fundamento en el caso que continuara en el Gobierno si se llegasen á cubrir los dos cargos. Esta gallardía se acogió con grandes aplausos en toda la Cámara.

Y se comprende, dado el apego que á la cartera, sea la que fuere con tal de que sea una cartera,

tiene el inclito conde. No se registraría en la Historia de España otro sacrificio mayor, después del rasgo de Guzmán el Bueno, que éste del gran Tamerlán de Guadalajara renunciando á ser ministro una vez en su vida.

Jimeno que, por lo visto, también le ha tomado el gusto á ser médico de cabecera de la Instrucción pública, fué más cauto y no soltó prenda.

Limitóse á decir que sentía oponerse á los deseos del diputado curioso, y que los ministros no están para contestar á cada paso lo que se les pregunte y que se reservaba su opinión

Lo triste de todo esto es que se trata, como dice un diario de la mañana en un latido romántico, de un pleito fallado por la opinión y fallado por el Gobierno mismo. Sin que aquí se haya perdido—que sí se ha perdido—en todas las esferas el «santo temor del país», que es la mejor, la más poderosa fuerza gobernante en todas las naciones, no se concibe que nadie haya podido resucitar esas aspiraciones de los Sres. Weyler y Polavieja á tener un entorchado más en sus bocamangas. Y se concibe menos que, sabiendo todo el mundo que el general Weyler aspiraba tercamente al ascenso, se haya dado el ministerio de la Guerra á este señor, sin haber recibido de él las seguridades y garantías de que dejaría en su casa sus personales intereses y respetaría el acuerdo de proceder á la amortización de las capitánías generales, de la que sólo son partidarios en España dos personas, los dos futuros capitanes generales.

Hay que conocer á fondo á D. Valeriano para comprender de lo que es capaz cuando se le mete una cosa debajo de la teresiana, por no decir en la cabeza.

¿Pues qué, no sabemos todos que la guerra de Cuba no acabó satisfactoriamente para nosotros porque á D. Valeriano no le dieron tiempo, y, sobre todo, porque los insurrectos no se dejaron vencer?

¡Vaya si D. Valeriano tenía empeño en salirse con la suya, ganarse allí, en el campo de batalla, el tercer entorchado, después de brillantes victorias!

Pues si el hombre no lo pudo conseguir en la guerra, ¿por qué ahora, que no tiene otra cosa que hacer, vamos á oponernos á que satisfaga un capricho tan inocente?

Lo que dirá el hombre:

—Aquí no hay estímulos para nada.

Donde comen dos comen cuatro, dice la gente con fácil acomodo; pues ¡qué caramba!, donde hay dos capitanes generales, por la misma tolerancia puede haber cuatro, y todos contentos.

Porque de no darle gusto á D. Valeriano, nos exponemos en lo porvenir á una constante y atormentadora muletilla.

—¡Ah, si me hubieran dado tiempo!—decía cuando lo de Cuba.

Y ahora, para justificar su paso estéril por el ministerio, es posible que exclame:

—¡Ah, si me hubiesen hecho capitán general!

Sí, sí, que le den el entorchado y la oreja si hace falta, y le lleven en hombros hasta Villatobas, donde tiene su público.

Gedeón, por su parte, está dispuesto á costearle una guerrera de honor.

Y un frasco de bencina para la de diario, que, por cierto, ¡buena debe estar de entorchados!



EL BELEN QUE HAN ARMADO ESTE AÑO LOS LIBERALES

## VILLANCICOS

Junto al portal de Belen  
hay un hombre haciendo gachas,  
¡ya le cambiaron la harina  
ya no sabe á democracia!

¡Carrasclás, se la dan con queso!  
¡Carrasclás, me parece mal!  
¡Carrasclás, pobre don Pepito!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

Don Segis hizo de estrella  
con una carta famosa...  
¡Su estrella se habrá eclipsado,  
pero sí que trajo cola!  
¡Carrasclás, con Don Segismundo!  
¡Carrasclás, qué abatido está!  
¡Carrasclás, cómo le hemos puesto!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

A dos pastores he visto,  
Maura y Segis, estos días,  
que estaban cerca de un árbol  
haciendo muy buenas migas.  
¡Carrasclás, el Señor nos libre!  
¡Carrasclás, de lo que vendrá!  
¡Carrasclás, vaya unos pastores!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

Salvo las comparaciones,  
Santiago Alba resultó  
el inocente y sencillo  
ángel de la Anunciación.  
¡Carrasclás, por servir al jefe!  
¡Carrasclás, resultó muy ma!  
¡Carrasclás, le sacrificaron!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

A los pies del Nacimiento  
ya llevan varios pastores  
el cordero casto y puro  
de la ley de Asociaciones.  
¡Carrasclás, aún está balando!  
¡Carrasclás, pronto morirá!  
¡Carrasclás, se quedó en proyecto!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

No puede hilar la tía Gila  
ni hacer calceta tampoco,  
porque ahora también la lana  
se la dan á un monopolio.  
¡Carrasclás, ni aun la pobre vieja!  
¡Carrasclás, puede trabajar!  
¡Carrasclás, vaya unos amigos!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

Se dice que los caseros  
nos van á subir los cuartos  
¡a ver si los inquilinos  
hacen resistencia al pago!  
¡Carrasclás, vaya unos abusos!  
¡Carrasclás, cuándo cesarán!  
¡Carrasclás, vamos á la calle!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

El conde de Romanones  
es un pastor de talento,  
que ocupa siempre una plaza  
de todos los Nacimientos.  
¡Carrasclás, qué gachó tan vivo!  
¡Carrasclás, qué orientado está!  
¡Carrasclás, no habrá quien le mueva!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

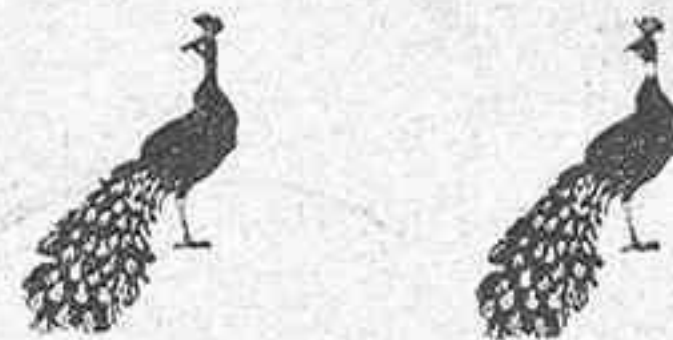
Con el unguento cerato  
comparo á Martin Rosales,

que no sirve para nada  
y se aplica en todas partes.

¡Carrasclás, con el angelito!  
¡Carrasclás, eso sí es medrar!  
¡Carrasclás, pica como un ajo!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!

Lo mismo que Juan Palomo,  
don Valeriano es un hombre...  
¡Le hace falta un entorchado,  
se lo firma y se lo pone!

¡Carrasclás, no hay mejor sistema!  
¡Carrasclás, que el del general!  
¡Carrasclás, que se chinche el mundo!  
¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!



## EL PAVO DE ESTE AÑO

De todo corazón lo decimos: no nos satisface absolutamente nada el pavo de este año. No es aquel animal lucio, bien cebado, que después de pasear orgulloso su colgante moco monterista por las calles de Madrid, se asaba concienzudamente relleno de excelentes tropezones, halagando, vivo, la vista; muerto, el olfato y el gusto.

Es un pavo hipócrita de capa corta, moco lacio, intenciones aviesas, educado tal vez en Chamartín; un animalucho de carne coriácea, de patas trochas, de pechuga sin jugo, de alones esqueléticos; pavo, en suma, que más que pavo parece un pavoroso porvenir, según el coro zarzuelero.

Y esto nos descorazona y nos apena, porque nosotros habíamos soñado con buen, con excelente pavo henchido de franqueza y de grasa, para que el padre putativo de la ley de Asociaciones, nuestro inolvidable D. Bernabé, se regodease devorándolo desde la poltrona ministerial á modo de gargantúa ó de cabezatúa en estas fiestas de la gula por el nacimiento del Hijo de Dios sobre un montón de paja.

Y ya que no tuviéramos á D. Bernabé sentado en la poltrona, cuchillo y tenedor en mano, contábamos siquiera con el pavo amplio, sano, robusto como un reverendo, para honor y gala de la mesa liberal; pero en todo nos llevamos chasco, y en vez del animal incitante y mantecoso que soñábamos, aparece, para hacer las Pascuas á este Gobierno de cabecitas de ajo, un pavo tan triste, tan feo, tan desdibujado y enclenque, como si lo hubiera pintado Maura á la acuarela.

No se guisa el despreciable animalucho en una cocina amplia, luminosa, de inmenso fogón, grandes y doradas cacerolas, entre gente satisfecha, mandiles deslumbradores de blancura y gorros que dan al que los contempla ganas de que se los pongan; se guisa en los rincones oscuros de la cámara baja, no lejos de los W.-C., entre sujetos que hablan con tono de conjura y visten pardo. No cae á cada vuelta del asador una cascada de grasa sobre la lumbre, que alza al recibirla triunfantes las llamas, al par que suena en la cocina un grito jubiloso. Apenas si un chorrito de manteca, un sutil hilo de substancia cae sobre los mortecinos carbones, y al chirrido doliente de la lumbre, todos los cocineros, preocupados, miran en torno suyo como si temieran que otros co-



### TURRONERIA LIBERAL

El chico.—¿ME DA USTED UN KILO DE TURRON?  
El turroneiro.—¡NO ME QUEDA MAS QUE ESTOI  
El chico.—¡PUES DEJEME USTED AUNQUE SEA ESF CACHITOI



religionarios oliesen donde guisan y lo que guisan.

Y á veces, produciendo un pánico indescriptible entre los conjurados que rodean el ético pavo, surgen voces agoreras, las cuales dicen: «¡que vienen los conservadores!», y es de ver la premura con que los fúnebres cocineros se apresuran á coger el asador por el mango para defender los huesecitos que les quedan de la temerosa acometida.

Todo decae en España; hasta los pavos. Antiguamente comerse el de Navidad, rociado con la nómina, constituía un festín pantagruélico; hoy el mismo acto semeja algo así como aquellas agapes temerosas que celebraban los primeros cristianos en las Catacumbas bajo la amenaza de los esbirros de D. Antonio Nerón y Montaner.

Cierto que los liberales que se han comido de mala manera la ley de Asociaciones, no merecen ni mucho menos devorar á quieto mantel y con reposado apetito un orondo pavo; pero de todos modos, nos apena que el de este año sea tan canijo y sobresaltado, y que de ese animal, como de aquella ley, pueda decirse lo que dijo Alejandro de Macedonia al morir: «Mis funerales serán sangrientos.»



## Gedeón, moreno

Mañana por la tarde, según costumbre lo bastante tradicional para que sea respetada, tendremos en Madrid los correspondientes estrenos de obras cómicas.

Es un regalo que nos hacen anualmente las empresas para que nos reventemos de risa durante las Pascuas. Y hay que agradecer su buen deseo, pues los pesados y terribles alimentos que devoramos en esos días necesitan que hagamos mucho ejercicio para digerirlos. ¿Y dónde hay ejercicio mejor y más saludable que la risa, digan lo que quieran los hombres fúnebres que nos dominan?

Pero siempre que pensamos en la gratitud que merecen esas empresas, sentimos una infinita tristeza al considerar el pauperismo de la consabida musa cómica de nuestros autores contemporáneos.

Gedeón no recuerda haber visto en toda su vida una sola obra original de autor español, escrita para ser representada en estos días clásicos. Y esto le ha hecho meditar, naturalmente, en la escasez de imaginación que nos distingue, aunque pasamos por ser un país eminentemente imaginativo.

No se diga que el género es demasiado gordo, y digno, por lo tanto, de desprecio. Esto no es verdad, aunque á veces quiera darlo á entender cierta crítica intolerante y empingorotada. Y además, ¿no llena el público los teatros en esos días aplaudiendo lo que se le ofrece? ¿No dan también beligerancia á esas obras los señores críticos...? Nada, nada... La culpa es nuestra que no nos atrevemos á cultivar una especie literaria, de cuya necesidad estamos convencidos.

Gedeón hace estas sencillas declaraciones, guiado por el más noble desinterés y por el más puro patriotismo... ¡Le da mucha pena ver que siempre nuestros autores se comen el pavo de Navidad en compañía de un extranjero, y lamenta que aparezcan en la escena algunos besugos que no llevan nuestro marchamo correspondiente.

Mañana tendremos los estrenos tradicionales. ¡Todos, arreglos ó traducciones! ¡Hasta en el Español, solar de nuestras glorias!, etc., etc.

No censuro á los arregladores ni tampoco á las empresas, que toman buenamente lo que les llevan para satisfacer sus necesidades... Me lamento nada más de lo que ocurre, deseando que nuestros autores cómicos piensen seriamente en esto que tan o conviene á sus intereses.

Es cuanto tenía que manifestar.

(Aplausos, tabacos, ovación y oreja.)



## LA ÚLTIMA HORNADA

Los tahoneros, siempre desviviéndose por complacer al público, unas veces dándole el pan falto de peso, otras mal cocido y otras las dos cosas á la vez, han acordado, como el más original aguinaldo, subir el precio del pan. Esta prudente medida ha hecho un gran efecto en el vecindario, muy agradecido á cuanto en su favor vienen haciendo las autoridades, que han conseguido, gracias á sus decisivas campañas, que los artículos de primera necesidad estén cada vez más... caros.

El pan, de seguir las cosas como hasta aquí, ya no será un artículo de primera necesidad, sino de lujo, y pronto veremos los panecillos colocados en elegantes estuches, encargándose de su venta los joyeros más acreditados, que tendrán que colocar en los escaparates rejillas metálicas para evitar un golpe de mano atrevido.

No será difícil que contemplemos, si las autoridades no se deciden por fin á meter mano, como suele decirse, á los tahoneros, los carros del pan custodiados por una pareja de la Guardia civil como si llevarsen valores.

En días tan señalados como el de San José y otros santos populares, veremos por las calles, en lugar de ramilletes y tartas, roscas con elegantes cintas, libretas con madroños y bizcochadas con banderitas, presentadas en bandejas resplandecientes.

Y en los *restaurants* á la moda, lo de menos será el precio del cubierto, lo más la ración de pan que se consuma.

Y la gente, á la salida de los teatros, irá á las panaderías elegantes á comer panecillos calientes de la última hornada con verdadera satisfacción.

Por supuesto, ningún pordiosero se atreverá á solicitar de nosotros que le demos para un panecillo, porque nos producirá el mismo efecto que si nos pidieran para un alfiler de corbata ó para un solitario.

¿Quién es capaz de atender una petición semejante?

Mandaremos á las damas, en lugar de delicados y simbólicos ramos de flores y canastillas, media docena de barras de Viena ó un canasto de francesillas.

Y desde luego se suprimirá en las cárceles el régimen de *á pan y agua*, porque no habría en el ministerio de Gracia y Justicia presupuesto bastante para sostener esa *alimentación*.

Cuando queramos deslumbrar á un amigo torastero, le convidaremos á café ¡con media tostada!, que

ya será correrse, y se alabará nuestro invitado de tal rumbo.

Y lograremos fácilmente muchas recomendaciones conquistando á los influyentes con un oportuno panecillo.

¿Quién será capaz de negarse ante una atención tan delicada y tan candeal?

Un panecillo bien manejado nos abrirá todas las puertas en lo porvenir.



## ... y armas al hombro

¡Ande el movimiento!

Para terminar el queso que hicieron los liberales, nos ha ofrecido el Congreso las sesiones matinales...

Y el público en general exclama con santo horror: «Sesiones de tarde... ¡mal! Por la mañana... ¡peor!»

Porque ya sabemos todos á qué vienen esas prisas...

¡A que salgan de cualquier modo todas las cosas que tenía estancadas el Gobierno y á punto de hacerle morir de indigestión!

Sabido es que por la mañana son más fáciles esas tareas eliminatorias.



Como es natural, uno de los mayores peligros que ofrecen esas sesiones matinales es la falta de número de diputados.

Nuestros padres de la Patria son poco madrugadores.

Nosotros, que les hemos censurado en otras ocasiones por su no asistencia á los debates, estamos ahora completamente de acuerdo con su conducta.

Gedeón, diputado á Cortes por Madrid, no asiste tampoco á estas sesiones de primera hora.

¿Para qué?

No quiere imponerse un sacrificio que resultaría completamente estéril.

Nunca como en este caso está justificado el viejo refrán que dice: «No por mucho madrugar, amanece más temprano».



Por cierto que un periódico, al hablar de la primera de esas sesiones, y refiriéndose á los diputados que asistieron, dice, sin el menor propósito de hacer una frase:

«Entre los madrugadores se encontraba en primera línea el Sr. Moret.»

¡Claro!

¡Como que D. Segis es un madrugador!

Mas ¡ay...! Cuando últimamente nos lo ha demostrado, se encontró con que *eso* á veces no sirve para nada.

Porque, como dicen los chulos... ¡hay quien no se acuesta!



Para esas sesiones propondríamos nosotros á un orador que gusta mucho por las tardes.

Propondríamos al Sr. Maura.

Tan reaccionario y tan poco simpático estuvo al combatir el proyecto de amnistía, que, francamente, pensábamos nosotros en que esas cosas no deben pasar más que por la mañana.

Que es cuando hay poca gente en el salón y en las tribunas.

Pero... ¿á que no le convendría á D. Antonio pronunciar sus oraciones á esas horas?

Aunque se la da de hombre superior, Maura no puede hablar sin plataforma, como el resto de los mori .



Un detalle parlamentario, de los más graciosos que hemos presenciado en nuestra ya larga vida:

El señor marqués de Villaviciosa, gran tirador y ascensionista de reconocido mérito, presentó en el Congreso la otra tarde una exposición de los asturianos contra la ley de Asociaciones.

Como la Cámara se riera un poco por el tono de su discurso, el joven diputado creyó que se ofendía á su región, y exclamó en un arranque de lirismo:

—Si no hubiera sido por Pelayo, ¿que sería de vosotros?

Se repitieron las carcajadas, naturalmente.

Y nosotros también nos reiremos aunque la historia en verso conocemos...  
«Desde un rincón de Asturias, don Pelayo hizo á España volver de su desmayo...»  
¿Y eso tiene que ver, Villaviciosa, con su proposición...? ¡Anda la *osa*!  
¡Fuera mejor—pues su pasión se estila— citar á nuestro amigo don Favila!



El marqués de Vadillo, el Sr. Ugarte y otros congeneres, están decididos á celebrar un mitin en Madrid contra la ley de Asociaciones.

Y ponen un especial interés en que se celebre en un frontón

¡Caramba, píos señores...!

¿Es que tienen ustedes empeño en demostrarnos el símbolo que se deduce del local?



Lo malo es que los propietarios de los frontones no quieren cederlos á semejante cosa.

El propio D. Cándido Lara se niega á concederles el frontón que posee en las afueras.

Pero D. Cándido puede facilitarles una solución.

¡Su teatro, la linda *bombonera* bombeada por todos los dioses del escalpelo!



Legado este momento, Gedeón saluda á sus escasos suscriptores.

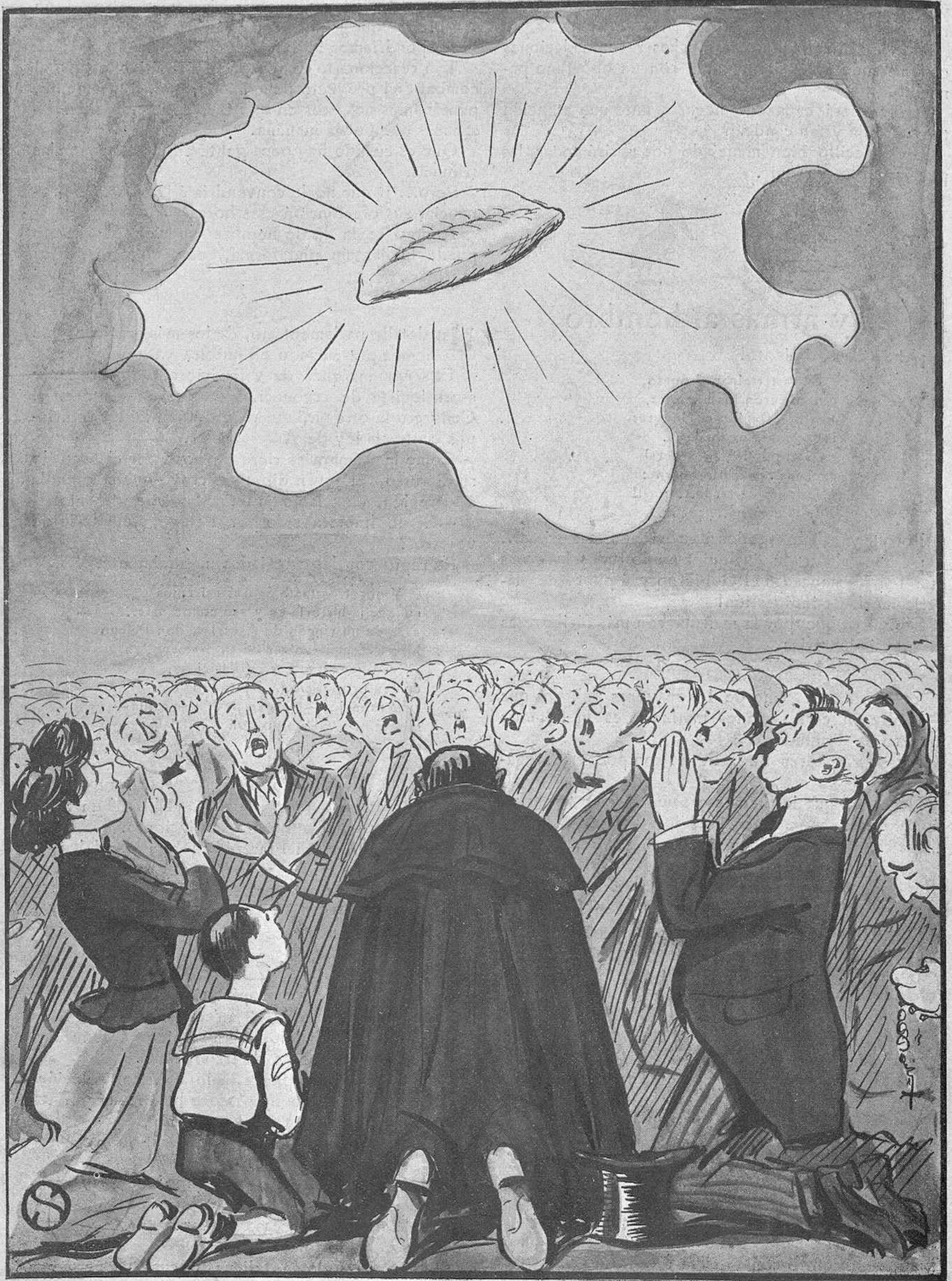
Y á sus no menos escasos lectores.

Y á los que no lo son.

¡A todos les desea felices Pascuas y que no se les indigeste el turrón, como á los liberales!

Y que el Señor nos libre de Maura, cuya vuelta se anuncia.

Amén.



POR LAS NUBES

EL DIOS PAN